

LUIS OLARIAGA

¿A DONDE VA LA SOCIEDAD?

¿A dónde va la Sociedad?

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. LUIS OLARIAGA

Perdón, señores Académicos, si siempre que vengo a molestar la atención de ustedes —que, por fortuna para ustedes, no es con demasiada frecuencia— vengo a adicionar nuevos capítulos al tema que escogí para mi discurso de ingreso: la deshumanización de la sociedad moderna. El tema no es, ciertamente, de menor cuantía y nos acosa a todos seguramente con ahinco, pero a unos, quizá, con menos agobio que a otros. Hoy soplan huracanadamente las ideas de cambio y revolución y todo cuando suponga lealtad a un pasado suena a caduco y a impotencia vital de reaccionar ante tantísimos tantos de culpa como hemos acumulado sobre unos modos de pensar y vivir, en los que parecía haber concentrado ideas y prácticas irreversibles el progreso cultural humano.

Una vez más me toca recordar que la estrella polar de la cultura de Europa fue la libertad, como la de la cultura oriental fue la igualdad, pero esos caracteres se van borrando vertiginosamente en los últimos tiempos, por lo menos en esta vertiente del Occidente, a la que estamos adscritos. La última vez que ocupé esta tribuna, traté de hacer ver que toda esa ansiedad de desarrollo material a plazos fijos y con caracteres apremiantes era, en el fondo, un tributo de las democracias a un proletariado guiado por la creencia marxista de que, lo mismo que se resuelve políticamente el problema interior social en los países, amenazando y desmontando a quienes ahorran y capitalizan, puede resolverse el problema exterior perturbando la tranquilidad internacional y asustando con el comunismo a los países que pueden exportar capitales de inversión.

Conste que no pretendo defender al capitalismo privado y que acepto, de antemano, cuantas imputaciones de materialismo y de insolidaridad social le hagan; si es víctima de algo lo es de sus propios errores y defectos, y si alguna vez recuperase el prestigio que hoy le falta, sería a costa de correcciones profundas en su manera de funcionar. Lo que pretendo es, simplemente, hacer constar que representa un régimen de producción que nació en Europa de una filosofía que predicaba la libertad de trabajo y la productividad de quien trabajaba, como base de remuneración en el reparto de bienes. La empresa privada era una libre asociación de individuos, gobernada por rígidos principios administrativos exigidos por la competencia, y orientada por las sugerencias y preferencias de un mercado de consumidores, también libre, y, además, soberano. Y aquella filosofía y aquellos principios afloraron, sin embargo, una ideología socialista, la de Saint Simon y Fourier, la del llamado socialismo antiguo, que no discutía la existencia del capitalismo privado, sino la de sus abusos —la explotación del hombre por el hombre— y que perseguía como objetivo final de la sociedad, que cada cual percibiera el producto íntegro que correspondiera a su trabajo y no lo que se estimara que reclamaban sus necesidades, pues se entendía que por el hecho de nacer nadie tiene derecho a ser sustentado por los demás, ni los vagos deben ser protegidos por los laboriosos, ni los incapaces deben ser apoyados por los capaces.

Debo hacer constar, ante todo, que esta disertación mía es puramente teórica y, en consecuencia, resultaría impropio interpretarla con un criterio político. Una cosa es la elaboración abstracta de doctrinas y otra cosa es su contingentación y su aplicación a la vida real de cada momento y de cada pueblo. El político puede tener sus ideas propias de cómo debiera gobernarse, pero ha de atenerse, también, a las ideas ajenas que le circundan y ha de amoldarse a las fuerzas con las que tiene que contar y a las circunstancias en las que tiene que operar. Pero aquí estamos en una Academia científica; aquí podemos discurrir sin más responsabilidad que nuestra conciencia objetiva y aquí tenemos el deber de vigilar la trayectoria en el tiempo de las ideas fundamentales que ha depositado en nuestro pensamiento la tradición cultural.

Es en este sentido en el que voy a procurar extraer, de unos hechos y de unas doctrinas, los principios teóricos que creo los informan, para rescatarlos del barullo en que los envuelven los intereses y las pasiones políticas, y llamar la atención de los observadores imparciales sobre los riesgos que a su destino le acechan.

El mundo se hace atropelladamente socialista, lo mismo con unos

regímenes políticos que con otros, y no es probable que ceje en su empeño hasta tocar el fondo de inconvenientes que va a traer ese socialismo para los principios morales, artísticos e, incluso, políticos, que pretende defender con su anticapitalismo. Del socialismo marxista —que es el que históricamente avanza, venga envuelto en unos u otros equívocos— se proyectan sobre la presente conciencia social tres tendencias fundamentales: 1) dar primacía en la vida pública a forzar el consumo nacional, o sea, hacer que predomine y guíe a la sociedad la corriente materialista; 2) ir forzando paulatinamente una distribución igualitaria de la renta nacional; 3) dar como solución a cuantas dificultades estorben el avance por ese camino la colectivización, por el Estado, de la producción.

Es evidente que se está forzando el consumo nacional en muchos países en grado superlativo, para dar satisfacción a la masa, de la cual depende la estabilidad política; con lo cual se abren de par en par las puertas a un afán insaciable de disfrutar, en los medios sociales más humildes, y en los países sin suficiente desarrollo, de comodidades y regalos de los que hace un cuarto de siglo no podían disfrutar más que una minoría de gentes muy acomodada: disponer de aparatos electrodomésticos, de radio o de televisión, poseer vehículos de motor, ser propietarios de la vivienda... eran aspiraciones de la gente rica, o de la clase media alta, y hoy lo son de las clases que desempeñan los servicios más modestos en la sociedad. Y esto ocurre no en países en los cuales se ha llegado a un nivel general de renta elevado —que sería lo normal— sino en países que tienen que importar materiales, técnicos, patentes, máquinas —a veces las cosas hechas— y hasta el dinero extranjero con el que se han de pagar; y facilitando el consumo en el interior de las naciones mediante creación de dinero sin aumento equivalente de producción —o sea, mediante inflación—. Tengo entendido que, en algunas naciones americanas, donde los indígenas viven en el campo, en chozas miserables, casi desnudos y sin higiene, ni enseñanza, ni formación religiosa alguna, no falta en cada uno de los tugurios un aparato televisor. Esto será o no será satisfactorio, será o no será justo, pero es innegable que materializa y complica la vida, en vez de liberarla de preocupaciones y de esclavitudes económicas. No va acompañado de propagandas culturales, de recreos espirituales, de apelaciones a lo más noble de nuestro ser, sino de toda clase de esparcimientos chabacanos y disociadores, ya sean riñas de gallos, peleas de boxeo, películas de gangsters o refriegas futbolísticas. En lugar de elevar al proletariado a niveles más altos de cultura y de vida íntima, estamos proletarizando

el arte, las costumbres y la enseñanza. Sólo lo preparamos para buscar más dinero y le dejamos que, para su regalo, amplíe los horizontes de más vulgar distracción.

Con la ciencia y con la enseñanza se hace algo parecido. Se da preferencia a los estudios técnicos sobre los propiamente científicos y de principio, se desdeñan las ciencias morales en favor de las físico-naturales y se limita la formación del universitario a la consecución, lo más inmediata posible, de un medio de vida holgado, pero que hipoteca la existencia y acorta el proceso de desarrollo teórico. Se obtura, en resumen, la irradiación elevada, desinteresada y sentimental del espíritu: se encarrila la vida hacia el corto plazo y se abandona a la aventura del porvenir lejano.

Y para hacer frente a esa avidez de gozar en seguida de comodidades y recreos, se aviva la ansiedad de progreso instrumental, de poseer máquinas y más máquinas, de conquistar nuevos mundos. Se renuncia a todo destino eterno y a todo ejercicio de la intimidad moral, apagando en el hombre, dentro de su alma, cuantos fervores de profundidad sentimental y de elevación de miras puedan larvar en él el gusto por la solidaridad y la inclinación al sacrificio. No se busca más ideal que el de complacer los sentidos, satisfacer el ansia de poder y de vanidad, y en fuerza de convertir la cultura en una colosal mecanización de las fuerzas de la naturaleza, el hombre actual acaba por convertirse en una de ellas y en ser, por tanto, una pieza más de un mecanismo dinámico, ciego y brutal, que marcha violentamente impulsado por un sector social o por otro, por un país, o por otro, hacia una meta incontrolada y llena de amenazas destructoras.

Escuchando la interesante disertación de nuestro compañero el señor García Valdecasas, sobre la evolución de la sociedad industrial, me pareció que, a través de su exposición, latía la ilusión de una sociedad técnicamente avanzada, en la que la humanidad, vencidos los obstáculos que las necesidades económicas oponían a que la mayor parte de los seres humanos pudiera ejercitar libremente sus actividades, sin la enojosa preocupación del trabajo obligado, pudiera dedicarse a cultivar las formas de cultura que se nos aparecen como más atractivas y elevadas, desde el punto de vista intelectual. Era la quimera que en mis tiempos de muchacho llevó a varios amigos míos, estudiantes de Londres y de Berlín, a acercarse al socialismo; mas, por desgracia, la experiencia, a mí al menos, me enseñó que cuanto más se progresaba en sentido material, más se complicaba económicamente la vida y que las apetencias

de ese orden, en la mayoría de los mortales, son inagotables y de una variedad infinita.

Otro dogma netamente marxista hemos dicho que es el de la distribución igualitaria de la renta nacional. El primer socialismo partía del supuesto de la desigualdad humana y de que lo justo no era pretender que todos los individuos gozaran de la misma situación económica, sino que, a todos, se ofrecieran iguales oportunidades y no hubiera privilegios para arrancar, profesionalmente, en la vida. La idea de la igualdad económica —de tradición oriental— penetró en el socialismo europeo por Constantino Pecqueur y la incorporó a su ideario Carlos Marx. Es una idea que, a la larga, tiende a destruir toda calidad y todo esfuerzo individual y lleva a una organización de masa y con una disciplina de trabajo forzada.

Que la tendencia presente es esa en el mundo, no cabe duda. Y es evidente que se trata de una concepción peregrina. Se comprende que la sociedad proteja, colectivamente, a los débiles y desamparados y que vele por la salud y las oportunidades de trabajo de los demás e, incluso, que garantice un mínimo de salario decoroso a la masa trabajadora más humilde y de menor potencia productiva, pero es más difícil justificar la igualación de las capas profesionales de menor rendimiento, o de menos complicado servicio, con las más útiles a la colectividad. El principio de que sea justo, socialmente, compartir en plan de igualdad, la riqueza, tendría sentido si la riqueza se diera espontáneamente en la naturaleza, pero como no se da sino con un proceso laborioso, en el que unos ponen más esfuerzo, o más inteligencia, o más virtud de sobriedad que otros, lo justo y lo equitativo es mantener el criterio de diferenciación, por desigual que sea. Que este criterio se esté atropellando por contener a una masa de población que es, en el fondo, la mayoría marxista, es de toda evidencia. Y ello no quiere decir tampoco que sea justo el sistema de distribución capitalista y que no haya que buscar un método de correcciones que distribuya con más equidad, entre las distintas actividades, la renta producida; sino que el procedimiento de enmendar los yerros en ese aspecto fundamental no es el de acortar distancias económicas elevando a los de abajo con perjuicio de los de en medio y sin tocar a los de arriba y, sobre todo, sin variar el rendimiento que cada cual proporciona a la sociedad.

Pero, además de ser funesta, la igualación económica que se brinda al sector social influenciado por las doctrinas de Marx, porque es contraria a la realidad humana y mata el estímulo a la calidad y a la conducta activa y fecunda, es fatal para el ahorro puesto que implica

una desviación de renta de las clases ahorradoras hacia las que no pueden o no tienen costumbre de ahorrar y destinan sus mejoras económicas íntegramente al consumo. No se interpreten estas palabras como una defensa de los privilegiados porque éstos son los que menos sufren con la igualación, especialmente si son empresarios o capitalistas y pueden repercutir sobre los precios las agravaciones tributarias. Aquí no se trata más que de identificar doctrinas y consignar hechos, y no de valorar éstos con arreglo a un determinado criterio de política social. Y, repetimos, que el traspaso de renta de ahorradores a consumidores resta a la sociedad capacidad de inversión y la pone en el trance de ir retrocediendo económicamente, en lugar de progresar, si llegan a faltar las ayudas de los países capitalistas no entregados a las prácticas igualitarias. Pero, sobre todo, se pone de relieve que el criterio de igualación económica es típicamente marxista.

Y hay un tercer punto a considerar, en cuanto al influjo del ideario de Marx en las actuales orientaciones de los países democráticos: dar como solución universal para todos los problemas que va creando la orientación anti-capitalista, la colectivización de la producción por el Estado o nacionalización de las Empresas, como habitualmente se llama. Esta es, quizá, la tendencia que recogen menos a gusto los gobernantes de los países que quieren ser radicales en materia social pero conservando la empresa privada. Pongo por caso el laborismo de Inglaterra. Allí es donde el sector obrero encuentra su mayor apoyo en la burocracia pública y sus aledaños intelectuales que tienden a sustituir al estado mayor capitalista. A lo cual se unen muchos políticos destacando el problema del poder del capitalismo, cuando no caen sobre ellos las responsabilidades de Gobierno. Todo lo que no funciona bien, porque no funciona, o porque no lo dejan funcionar, lo arregla el Estado. El Estado toma el dinero que haga falta de la colectividad y cubre las brechas que no podía cubrir la empresa privada, y nadie pregunta si la administración es más perfecta o si es más conveniente para el interés nacional. No sé de ninguna nacionalización industrial moderna —ni en ferrocarriles, ni en otros transportes, ni en minería, ni en energía eléctrica— que no produzca déficit enormes en los países y que no sea objeto de ruidosas críticas parlamentarias.

La tendencia marxista a las nacionalizaciones —igual que las otras dos tendencias marxistas antes apuntadas— no es ilusión de gobernantes ni convencimiento de los políticos que tratan de justificar tales doctrinas; es el fondo pasional de un proletariado que ha encontrado en el marxismo su propia conveniencia. Eso es lo grave: que la política presente

tiene que hacer frente —fuera de los Estados Unidos y de alguna otra nación de menor importancia— a un estado latente de agitación social que solo se suaviza con tal clase de medidas, y lo mismo se entregan a ellas unos partidos que otros, si han de tener la pretensión de gobernar, y se crea un ambiente general de opinión favorable a doctrinas cuya filiación se soslaya invocando un estado de conciencia social.

Así se ve sin demasiado escrúpulo que industrias que no pueden evolucionar a compás del mercado internacional, en el cual tienen que vivir —como ocurre con la siderurgia inglesa— porque las condiciones de trabajo imponen costes excesivos, pasen a poder del Estado como solución; a sabiendas de que el Estado sólo puede afrontar las pérdidas con el dinero de los contribuyentes nacionales, o mediante créditos que provocan inflación. Sin perjuicio, claro está, de protestar luego contra el peso de los tributos, o contra la subida de los precios. Y no se diga que si se paga con tributos en los países de imposición directa lo afrontan las clases adineradas, porque entonces lo que se hace es disminuir el ahorro y la inversión en favor de un consumo dudosamente justificado.

Sin embargo, es incuestionable que suprimiendo la empresa privada con la generalización de las nacionalizaciones, es satisface la fórmula marxista de la perfección económica social. ¿Es eso lo que se busca con el anti-capitalismo en los países que se dejan llevar por la corriente socializadora? La nacionalización de la producción, en efecto, suprimiría muchos problemas y, en especial, los que plantea una economía guiada por los consumidores, con diferencias en la remuneración de los que trabajan y con dificultades para la formación de ahorro voluntario. En una economía socializada, el Estado —es decir, el partido que mande o el grupo que se imponga— decide lo que se ha de producir y, por tanto, lo que se ha de consumir; cómo se ha de distribuir y lo que se ha de ahorrar o invertir a la fuerza.

Del capitalismo no se considera más que su aspecto político, lo que tiene de poder social; no se considera su aspecto económico, su necesidad, y cada día mayor, en la producción moderna. No se toma en cuenta que las exigencias sociales hacen imperativo un ahorro y un sistema de capitalización y que ese ahorro supone una constante absorción de parte de la renta que pudiera ser destinada al consumo, y que ello impone una mayor abstención de consumir, precisamente en los países que aspiran al desarrollo y exigen fuertes inversiones de capital y en mayor grado cuanto más de prisa quieran llevar su crecimiento. Es decir, no se considera que lo que va incrementando el producto nacional y las posibilidades de un mayor consumo es, justamente, la apli-

cación constante de nuevo capital y que la fuente esencial de este nuevo capital no puede ser otra —aunque pueda haber importaciones complementarias y ocasionales de capital extranjero— que la merma de la renta nacional que se deja para el consumo. Y esto, lo mismo ha de ocurrir si capitalizan los particulares, que si capitaliza el Estado. La capitalización por el Estado no implica, necesariamente, más ventajas para el obrero que el estar sometido, en todo caso, a una disciplina —la disciplina política— menos severa que la del capitalismo privado, pero las empresas estatales, para estar justificadas desde el punto de vista del interés nacional, deben producir a iguales costes que las empresas privadas y deben rendir una plusvalía que permita autorizar y renovar el equipo productor —aparte, claro está, de las típicas obras públicas para fines infraestructurales o de las industrias que, siendo indispensables para fines de defensa, o de naturaleza parecida, no ofrezcan rendimiento directo y no sean apropiadas para la explotación privada.

Por consiguiente, toda política que desplace renta del ahorro al consumo puede ser ventajosa, de momento, para quienes ven incrementada su retribución, pero es funesta, a la larga, para la productividad social; es un sacrificio del nivel social futuro en beneficio del actual.

La idea marxista de que es inevitable la concentración progresiva de la producción y de que corresponde a una forzosidad histórica que caiga en manos del Estado la producción de riqueza siendo su prólogo, precisamente, la inevitable concentración capitalista —automática secuela de la evolución técnica— es un completo sofisma, demostrado por la misma historia, con cuya complicidad contaba equivocadamente Carlos Marx. Incluso en la industria —que es la forma de producción más asequible, técnicamente, a la concentración de la empresa— existen numerosas formas que no se prestan a la explotación en gran escala y bastantes complementarias a las que ha hecho, precisamente, nacer la gran industria; en el comercio es mayor la resistencia a la gran empresa, y en la agricultura son excepción los tipos de explotación que pueden absorber capital sin límites; y en todo el cultivo intensivo, además, las pequeñas explotaciones tienen la ventaja de poder utilizar fuerzas de trabajo —ancianos, mujeres y niños que no son aprovechables en las grandes explotaciones.

Es decir, que la experiencia ha confirmado que la predicción marxista de que el socialismo sería impuesto por la propia evolución de la técnica capitalista era errónea y la colectivización de la producción no se ha hecho, ni se hace, sino por motivos políticos doctrinales, o por el simple artilingo social de evitar un paro industrial endosando a los

contribuyentes explotaciones económicamente insostenibles. Claro que si persiste la política de ilusionar a la masa con intensificaciones aceleradas del consumo, provocando inflaciones por no haber capital suficiente y descomponiendo el mecanismo productor normal y se da lugar, por otra parte, con la igualación de rentas, a que se apaguen iniciativas y se enerven estímulos para destacarse de la rutina de la masa o para obtener legítimos beneficios, la responsabilidad de la producción tendrá que ir siendo absorbida por el Estado y, en consecuencia, se irá a parar, sin remedio, al colectivismo que predecía Marx.

Esto no es lo que busca la mayoría de las personas, a las que repugna el marxismo, pero que se mezclan a la corriente anticapitalista. Ciertamente. Pero esta es la tendencia que está siguiendo, más o menos conscientemente, la actual sociedad. Si se sigue intensificando el consumo anticipándolo a la producción, aparte de elevarse los precios, se irá reduciendo el ahorro voluntario y haciendo más difícil la nueva inversión. Si se sigue amenazando a las empresas con que se van a elevar inmediatamente los costes y los impuestos, se hará desconfiar al ahorrador y se dificultará, todavía más, la inversión privada. Es un fenómeno general que viene observándose desde hace tiempo en todas las Bolsas de Europa, la depreciación constante de los valores. La empresa privada se tambalea y cede el paso a la empresa pública —cuando no se abandona la producción—, como sucede en muchas explotaciones agrícolas.

¿A dónde irá la sociedad impulsada, apasionadamente, por una tendencia que es más ya un sentimiento que una idea clara y que se alberga pudorosamente tras una vaga conciencia social? Esa es la reflexión que deberíamos hacernos cuantos nos preocupamos por el rumbo de la Humanidad y por vivir en una sociedad de hombres y no de autómatas. ¿Entregaremos nuestra vida económica a tecnocracias manoseadas por el bamboleo político que nos impongan los rumbos, carácter y fronteras de nuestra actividad?

Aquí pediremos auxilio a los compañeros académicos que profesan la filosofía política. La ciencia económica no formula sus sistemas sino sirviendo a unos determinados principios de convivencia y de conducta humanas. Esos principios han venido siendo los de una sociedad de hombres libres que se guiaban por sus creencias, por su sentido moral, por sus gustos y por sus intereses. Para asegurar una libre y ordenada convivencia entre ellos se creaban, por su propia voluntad, unas normas jurídicas, de obligatorio cumplimiento que garantizaran la paz y el respeto a los derechos individuales, promovieran servicios y empresas convenientes al bien común y corrigieran injustas concentraciones de

poder y de riqueza. ¿Es que esas normas jurídicas que el Estado creaba no eran preferibles, incluso, para cumplir los objetivos que el primer socialismo proponía, sin romper con los principios de nuestra filosofía social? ¿Es que era preciso cortar amarras con nuestra tradición ideológica y dejarnos llevar a otro repertorio de fines que corresponden a visiones del mundo más estrechas, materiales y mezquinas? ¿No estamos desviando la cultura de Europa hacia lo que no fue nunca Europa y la sociedad de hombres libres de Occidente, hacia una sociedad de mandarines tecnócratas que sustituyan nuestras creencias del alma por un fetichismo de estadísticas, laboratorios de ensayo, armatostes electrónicos y excursiones a la luna? ¿Para esto se ha hablado tanto de Occidente contra Oriente y se ha proclamado enemigo mortal de nuestra civilización al comunismo y a todos los vientos sociales del Asia, para ir luego a parar a su mundo sin hombres, a su mundo impersonal aunque con muchas máquinas y muchos sincrotones?